

El Problema Indígena y el Cruzamiento

Por el Dr. Luis BOSSANO, Profesor de Sociología en la Universidad Central de Quito, Ecuador. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

DIFERENTES ángulos de visión presenta, evidentemente, el gran problema indígena, en cualesquiera de los países cuya realidad más o menos aguda impone seriamente su consideración. Esos puntos de vista concuerdan, además, con los variados matices y condiciones de diverso orden que ofrece tal cuestión en cada país, en cada región y en cada pueblo.

Pero hay también otra categoría más compleja y más amplia en que el análisis y la observación han de totalizar las dimensiones de aquel problema, así para examinar rasgos y modalidades específicos en la situación presente, como para valorar maduramente la potencia energética de cada conglomerado, en concordancia con múltiples factores históricos y de hoy, y, finalmente, para determinar las rutas más adecuadas y propicias que han de conducir a una integral rehabilitación humana de los componentes de raza indígena que habitan nuestros países. Son estos tres planos de investigación tan profundamente vinculados entre sí que, en su respectivo grado, los hechos y enunciados que habrán de dar por establecidos en los dos primeros puntos, han de constituir elementos indispensables para los últimos planteamientos implicados en las mejores fórmulas y en las más convenientes soluciones.

Contemplado en tal sentido el proceso analítico que tan difícil asunto impone a los estudiosos, es dable mirar alguno de los puntos en el que mucho se ha insistido, al aconsejar como una medida singularmente efi-

caz y urgente de realizarse, como base primera para transformar en su raíz la sustancia étnica, dijéramos, del problema indio. Me refiero al cruzamiento.

Enfocada a primera vista la cuestión, dentro de sus más salientes contornos, nada más obvio, evidentemente, que reducir sus términos a una fórmula que entrañe la mayor simplificación posible. Si existe un bloque racial que en sí mismo representa un óbice permanente para su propio desenvolvimiento y para la marcha general y normal de los otros componentes humanos entre los cuales convive, en nada asomaría descaminada la tesis que propugnase una renovación biológica para llevar aportes étnicos de más alta calidad en forma de alcanzar resultados que elevarían el nivel de uno de sus componentes.

Sin embargo, no quiero dejar de insistir en que es menester utilizar muchos otros elementos de juicio en este asunto, y, entre ellos, tomar en consideración muy especialmente toda la compleja trama de factores que está gravitando en la esencia de esta realidad. Este, como todos los problemas sociales, y en mayor grado en razón de su profunda complejidad, ofrece rasgos y contornos íntimos, insospechadamente eslabonados entre sí, y su confrontación impone, desde luego, condiciones constantes de una observación cabal, parsimoniosa y profunda.

Al tratar de esbozar algunos puntos de vista, muy lejos estoy de pretender trazar rutas definitivas y menos aún de proponer realizaciones que se acerquen o que equivalgan a una solución. En el actual estado de las investigaciones que en América se han hecho acerca de tal cuestión, y más todavía tomando en cuenta el plano de las conquistas de las ciencias auxiliares y de los métodos y procedimientos disponibles, no es dable otra actitud que la de establecer más o menos fundadamente las bases para un análisis más completo y objetivo de las circunstancias. Pudiera ser que en el caso presente apenas sean inquietudes de observación; más, no es ciertamente desdeñable para todo empeño de elaboración, cualquier aporte de contenido pertinente que puede constituir un elemento sustancial de juicio o un valor trascendental.

Tal vez quepa apreciar ante todo, el significado que el cruzamiento comporta, así en su valor intrínseco como en sus proyecciones y en sus resultantes. Dentro del universal desarrollo de todos los grupos humanos y del ritmo intenso y acelerado con que tal crecimiento va marcando la realidad de la época presente, este fenómeno adquiere cada vez complejidad mayor y por ende, extraordinaria importancia. Observaciones, estudios e interpretaciones han venido realizándose, desde luego, desde nu-

merosos puntos de vista y con orientaciones casi siempre diferentes. Las dificultades han radicado, naturalmente, ante todo, en las muy limitadas formas de experimentación y luego en la multiplicidad casi ilimitada de casos particulares, proporciones y calidades que han impedido toda posibilidad de establecer una esquematización de órdenes permanentes. Siendo gran parte de los pueblos americanos —al igual que todos aquellos de procedencia colonial— los prototipos de composición mestiza no han faltado los más optimistas juicios a este respecto, inspirados en un noble afán de exaltar los destinos de las jóvenes nacionalidades. Con tono dogmático y severo, de otro campo, desdeñosos doctores de un aristocratismo racial, han querido condenar, con postulados concluyentes, no ya todo producto de cruzamiento que comporte una adulteración de la raza privilegiada, sino cualquier otro componente que no encarne los rasgos esenciales del agregado superior.

Empero, por entre las posiciones contrapuestas, han surgido, además, incontables hipótesis, matices y tanteos encaminados a dar interpretación a la realidad y alcances del cruzamiento. El fondo medular de tal problema, no obstante, aquel que corresponde a las últimas fórmulas biológicas, en conexión con los correspondientes influjos telúricos —ya que los esquemas mendelianos no eran bastantes para la materia—, no había podido informar debidamente ninguna de las conclusiones propuestas. Menester era, pues, contar con el indispensable soporte de los enunciados biológicos suficientes y completos, con las múltiples relaciones de condicionalidad y con adecuadas determinaciones de índices en variados casos en función de una suma de factores, así sean éstos circunstanciales, permanentes o accidentales. No debía faltar allí la valoración completa y proporcionada de la acción ambiental en su más amplio contenido, mediante un examen apoyado en los principios de otras disciplinas.

Pero ni los datos de las ciencias biológicas, ni aún todos aquellos de las que deben concurrir como necesarios auxiliares, han podido alcanzar la penetración deseada e imprescindible para la finalidad que nos ocupa. Dentro de tal antecedente, pues, no estimo que sea necesario hacer especial mención de los diversos juicios planteados con mayor o menor fundamento en torno a la conveniencia o inconveniencia del cruzamiento del blanco con el indio. Y si es verdad que en el campo de la observación no dejan de presentarse muy notables elementos de juicio válidamente utilizables para un proceso de inducción, no es aconsejado adelantarse a sustentar siquiera hipótesis antes de poder contar con aquellos suficientes dictámenes científicos. No habría que dejar de recordar, sin embargo, en todo

caso, en la tarea de análisis, la fundamental necesidad de acentuar las características orgánicas y mentales de cada una de las dos razas, su peculiar capacidad adaptativa y el grado de sus reacciones anímicas frente al mundo cultural de cada una.

El estudio de las condiciones del medio físico, con la totalidad de sus influjos operantes en la realidad humana, constituye otro de los importantes sustentáculos que deben informar en el recto examen de las circunstancias que favorecen o no la tesis del cruzamiento. El esfuerzo creciente que la Antropogeografía viene realizando en sus investigaciones nos va mostrando cada vez hechos verdaderamente insospechados en cuanto a las relaciones de la tierra con el hombre. Únicamente los finales testimonios científicos de esta índole podrán mostrar si en las zonas en las que el indio representa el arquetipo humano, será también dable la adaptación equivalente, completa, del mestizo. Este sólo aspecto impondría una confrontación mucho más honda.

Finalmente, no es posible olvidar otro punto que, no por circunstancial deja de constituir un serio reparo a la fórmula que preconiza el cruzamiento como la solución más eficaz, inmediata a realizarse. El conjunto de modalidades propias que en la actualidad rodean a la vida del indio en su dotación espiritual, en su nivel cultural, así como en todo aquel arraigado equipo de hábitos, inclinaciones y costumbres, que conocemos, ¿podrán permitir siquiera un principio de amalgama, con unidades de raza blanca o europea, para entablar un cruzamiento normal y regular? Pudiera afirmarse que tal medida sólo habría de proceder en el momento en que los conglomerados indígenas destinados a tal experimento hubiesen alcanzado un plano de superación completa, en los aspectos educativo y económico, en forma que hiciesen viable a aquélla. Más ¿no sería precisamente esta última conquista, tan laboriosa y lenta, el paso esencial que se viene persiguiendo?

Este problema, en verdad, demasiado complejo y delicado, no permite en las horas actuales otra actitud de parte del investigador que la de un parsimonioso enjuiciamiento de las hipótesis y fórmulas planteadas, y, ante todo, una serena y paciente penetración analítica.

Y es menester que recordemos que estas inquietudes nos sugieren precisamente nuestra convencida fe en el incomparable caudal de energía potencial de que, por sí sólo, está dotado el indio americano, por lo mismo que representa el arquetipo humano de su propio ambiente y lleva en sí prodigiosos equipos biológicos de adaptación, de resistencia, y, sin duda, de superación.